

la suya. Yo reclamo en la iglesia actual una tumba para M. Poterlet-Galichet.

Dicho Strozzi fué un valiente. En cierta ocasion, estando en la corte, Brisquet, bufon de Enrique II, se entretuvo en mancharle un magnífico manto que estrenaba aquel día. Parece que esto excitó la hilaridad de todos, pues Strozzi, indignado, se vengó cruelmente. Yo me hubiese reído y no me hubiese vengado. Manchar un manto de terciopelo! Hasta el presente aun no me he podido explicar en qué consistía la gracia de esta payasada del Renacimiento.

### CARTA III.

#### Chalons.—Sainte-Menehould.—Varennnes.

El viajero hace su entrada en Varennes.—Plaza donde Luis XVI fué detenido.—Lo que se cuenta en el país.—Cómo se llamaba el hombre que tenía en 1791 el alma de Judas.—Asimilaciones siniestras.—Los lugares toman algunas veces las formas de los hechos.—Varennes y Reims se tocan.—El meson del Gran Monarca.—Lo que dice la muestra.—Lo que dice el huésped.—La iglesia de Varennes.—Lo que se encuentra en las campiñas de Champagne.—Chalons.—La catedral.—Nuestra Señora.—El vigía.—El viajero dice cosas muy arriesgadas á propósito de un muchacho muy feo que está en un campanario.—Otras iglesias de Chalons.—La Casa del Ayuntamiento.—Qué animales son los que hay sentados en la fachada.—Nuestra Señora del Espino.—El pozo milagroso.—Familiaridad del telégrafo con Nuestra Señora.—Una tormenta.—Sainte-Menehould.—Bellezas épicas de la cocina del hotel de Metz.—El pájaro dormido.—Elogio de las mujeres á propósito de las posadas.—Paisajes.—Himno á la Champagne.

#### Varennes 25 de Julio.

Ayer, á la caída de la tarde, mi cabriolé se había dejado atrás Sainte-Menehould; yo acababa de volver á leer estos admirables y eternos versos:

*Mugitusque boum mollesque sub arbore sonni.*

*Spelunceæ vivique lacus,*

y me había quedado apoyado en el viejo libro entreabierto, cuyas páginas arrugaba mi codo. Tenía el alma impregnada de todas esas ideas, vagas, dulces y tristes que se mezclan ordinariamente en mi espíritu á los rayos del sol poniente, cuando el ruido de la piedra, sonando debajo de las ruedas, me despertó. Entráramos en una ciudad.

—Qué ciudad es esta?

Mi cochero me respondió:

—Es Varennes.

Sin más explicaciones, el coche enfiló por una calle en forma de bajada, cuyas dos hileras de edificios tenían yo no sé qué de grave y pensativo. Las puertas y

ventanas estaban cerradas; la yerba crecía en los patios de las casas. De pronto, pasada una puerta cochera del tiempo de Luis XIII, de piedras negras, próxima á un gran pozo revestido de una empalizada de maderos, el coche desembocó en una plazuela triangular, rodeada de casas de un solo piso, blanqueadas con cal, y que tenía en un rincón dos árboles entecos y sin medro guardando una puerta. El lado mayor de esta encrucijada de calles estaba adornado de una atalaya con campana detestable, escamada de pizarras. Esta plaza es en la que fué detenido Luis XVI, cuando huía el 21 de Junio de 1791, por Drouet, administrador de diligencias de Sainte-Menehould—entonces aun no las había en Varennes,—frente á una casa amarilla que forma un rincón una vez pasada la atalaya. El coche del rey seguía la hipotenusa del triángulo que dibuja la plaza. El nuestro recorrió el mismo camino.

Al poner el pié en tierra, me quedé un largo rato contemplando esta plazuela. ¡Cómo se ha ensanchado en poco tiempo! En pocos meses se había hecho monstruosa, se había convertido en la plaza de la Revolución.

Hé aquí lo que se refiere en el país.

El rey, al ser detenido, negó vivamente que lo era—lo cual, dicho sea de paso, no lo hubiera hecho Carlos I,—y como no estaban seguros de que lo fuese, iban ya á dejarle en libertad cuando apareció de improviso un señor d' Ethé, que tenía no se sabe qué motivos de resentimiento contra la corte. Este M. d' Ethé—no sé si está bien puesta la ortografía del nombre, pero en todos tiempos de cualquier modo se escribe bien el nombre de un traidor,—este hombre, pues, se acercó al rey, diciéndole á la manera de Judas: "Buenos días, señor."

Esto bastó. El rey fué de nuevo detenido. Cinco personas reales iban en el coche; el miserable con una palabra las hirió á las cinco. Los *buenos días, señor*, dirigidos á Luis XVI, fueron para María Antonieta y madame Isabel la guillotina; para el Delfin, la agonía del Temple; para madame Royale, la extinción de su raza y el destierro.

Para el que no se fija en este acontecimiento, la plazuela de Varennes tiene un aspecto triste; para el que piensa en él, tiene un aspecto siniestro.

Creo haberte hecho notar ya en más de una ocasion que la naturaleza material ofrece algunas veces simbolismos

singulares. El declive que tiene la calle, y que Luis XVI recorrió, termina al llegar á la plazuela en una pendiente muy rápida y hasta peligrosa; tanto, que al bajarla, al caballo de lanza de mi carruaje le faltaron los piés. Hace cinco días encontré una especie de tablero de damas gigantesco en el campo de batalla de Montmirail. Hoy atravieso la fatal plazuela triangular de Varennes, que tiene la forma del cuchillo de la guillotina.

El hombre que acompañaba á Drouet, y que se apoderó allí de Luis XVI, se llamaba Billaud.—Por qué no Billot?

Varennes está situada á quince leguas de Reims. Verdad es que la plaza del 21 de Enero está á dos pasos de las Tullerías.

¡Cuánto debieron torturar al pobre rey estas asimilaciones! Entre Reims y Varennes, entre la consagración y el destronamiento, no hay más que quince leguas para mi cochero; para el espíritu hay un abismo, la revolución.

Me he hospedado en una antiquísima posada que tiene la siguiente muestra: *Al Gran Monarca*, con el retrato de Luis Felipe. Es probable que en dicha muestra se hayan visto sucesivamente, de cien años á esta parte, Luis XV, Bonaparte y Carlos X. Hace cuarenta y ocho años, el día en que esta ciudad cerró el paso al coche de la real casa, es de presumir que lo que colgaba del hierro viejo de la puerta, todavía asegurado hoy á la pared de la entrada, fuera el retrato de Luis XVI.

Luis XVI quizá se detuvo en el *Gran Monarca* y se vió pintado en el rótulo, cuando ya no era rey más que en el lienzo que daba nombre á la posada.

Pobre "Gran Monarca!"

Esta mañana he dado un paseo por la ciudad, que por cierto está muy bien situada á las dos orillas de un delicioso río. Las casas viejas de la ciudad alta forman un anfiteatro muy pintoresco junto á la orilla derecha. La iglesia, que está en la ciudad baja, es de escaso valor, y se levanta frente por frente de mi habitación. Yo la veo desde la mesa en que escribo. El campanario lleva esta fecha: 1776. Tenía dos años más que madame Royale.

La sombría aventura que acabo de referir ha dejado aquí alguna huella, cosa extraña en Francia. El pueblo aun se ocupa de ella. El mesonero me ha contado que un señor de la ciudad había compuesto una comedia. Esto me ha traído á

la memoria que la noche de la evasión se vistió al Delfin de niña, y al apercibirse de ello preguntó á Mad. Royale *si era para hacer una comedia*. Por lo visto, esta era la comedia que había compuesto el señor de la ciudad.

Debo una reparación á la iglesia, pues acabo de volverla á ver. En el lado derecho hay una preciosa portadita trillada.

Si no te cansa el que te hable de arquitectura, te diré que Chalons no ha respondido en modo alguno á la idea que de él me había formado; sobre todo su catedral. Al paso te añadiré que el camino de Epernay á Chalons no me ha ofrecido lo que esperaba, pues solo se entrevé el Marne, en cuyas orillas se distinguen algunas aldeas, de entre las cuales se levantan dos ó tres iglesias romanas, de campanario poco agudo, como el de Fecamp. El país es una inmensa llanura, pero de tal extension que empalaga. Hay, sin embargo, en el paisaje muchos baños y muchos champañeses.

La nave de la catedral es notable y de un corte muy lindo; conserva algunos ricos cristales de colores, entre ellos un roseton; en la iglesia he visto una preciosa capilla del Renacimiento, con la F y la salamandra. Fuera de la iglesia hay una torre romana, de severo y puro estilo, y un precioso frontispicio del siglo catorce. Pero todo está mutilado horriblemente: la iglesia está sucia; las esculturas de Francisco I hechas un marracho con una mano que les han dado de estuco amarillo; las molduras de las bóvedas pintarrajeadas; la fachada es una mala copia de nuestra fachada de San Gervasio; los chapiteles... Me habían dicho que aquí vería chapiteles calados, y contaba con ellos, y he encontrado dos especies de gorros puntiagudos, calados en efecto, y bien mirados de un aspecto bastante original, pero de una piedra torpemente trabajada y con volutas mezcladas en las ojivas. Me he ido muy descontento.

En cambio, si no encontré lo que esperaba, hallé lo que no esperaba, y es una bellísima Nuestra Señora en Chalons. En qué piensan los anticuarios? Se ocupan de San Estéban, de la catedral, ¡y no dedican una palabra á Nuestra Señora! La Virgen de Chalons es una iglesia romana de bóvedas rechonchas y robustos arcos de medio punto, muy augusta y muy completa, con una soberbia torre que tiene la armadura revestida de plomo, la cual data del siglo catorce. Esta

torre, en la que las hojas de plomo dibujan rombos y escamas, como una piel de serpiente, recibe la luz en su centro por un precioso mirador, al cual he subido, y está coronado de un tejadillo de plomo. La ciudad, el Marne y las colinas son de un efecto delicioso vistas desde allí.

El viajero puede admirar también hermosos cristales de colores y un rico frontispicio del siglo trece en Nuestra Señora, á pesar de que en el 93 los naturales del país rompieron los cristales, exterminaron las estatuas del frontispicio, rasparon los opulentos arcos avialados como se raspa una zanahoria, y trataron de la misma manera la fachada lateral de la catedral y todas las esculturas que encontraron en la ciudad. Más aun: de los cuatro obeliscos que tenía Nuestra Señora, dos altos y dos bajos, demolieron tres. Esta rabia estúpida en ninguna parte ha dejado tantas huellas como aquí. La Revolución francesa fué terrible, pero la revolución champañesa fué bestial.

En el mirador encontré esta inscripción grabada en el plomo de mano y escritura del siglo diez y seis: *El 28 de Agosto de 1580 se publicó la paz en Chal...*

Esta inscripción casi borrada, perdida en la sombra, que nadie busca, que nadie lee, es lo único que queda hoy de ese gran acto político, de ese gran acontecimiento, de esa gran cosa, el tratado de paz realizado entre Enrique III y los hugonotes, por la mediación del duque de Anjou, antes duque de Alençon. El duque de Anjou, que era hermano del rey, abrigaba sus miras respecto á los Países-Bajos y tenía sus pretensiones á la mano de Isabel de Inglaterra. La guerra interior religiosa embarazaba sus planes. De aquí la paz, ese famoso hecho publicado en Chalons el 28 de Agosto de 1580 y olvidado por el mundo entero el 22 de Julio de 1839.

El hombre que me ayudó á subir de escala en escala al mirador fué el vigía de la ciudad. Este hombre pasa su vida en su puesto de observación, que es una pequeña jaula con cuatro boquetes abiertos á los cuatro vientos. Esta jaula y su escala son el universo para él. Más que un hombre, él es los ojos de la ciudad siempre en acecho, siempre despiertos. Para asegurarse que no duerme se le obliga á repetir la hora cada vez que suena, dejando un intervalo entre el penúltimo golpe y el último. Este insomnio perpétuo sería imposible si su mujer

no le ayudase. Todos los días á media noche ella sube y él vá á acostarse; luego él vuelve á subir á medio día y ella vuelve á bajar. Son dos existencias que ejecutan su movimiento de rotación la una al lado de la otra, sin tocarse más que un minuto al medio día y otro minuto á media noche. Un gnomo pequeño, de figura extravagante, que ellos llaman su hijo, ha resultado de la tangente.

Chalons tiene otras tres iglesias: San Alpin, San Juan y San Lupo. San Alpin tiene bonitos cristales de colores.

Por lo que hace á la Casa de la Ciudad, lo único que tiene de notable son cuatro enormes perros agazapados formidablemente delante de la fachada. Yo, en lugar de los perros, hubiese preferido ver leones champañeses.

A dos leguas de Chalons, en el camino de Sainte-Menehould, en un sitio donde no hay más que llanuras, rastros en todo lo que alcanza la vista y árboles llenos del polvo que despiende el camino, se aparece de pronto una cosa magnífica. Es la abadía de Nuestra Señora del Espino. Allí hay un verdadero chapitel del siglo quince, trabajado admirablemente como una blonda, que tiene al lado el telégrafo, al que mira desdeñosamente. Es una sorpresa extraña ver espaciarse soberbiamente en estos campos, que apenas tienen jugo para nutrir algunas amapolas descoloridas, esa espléndida flor de la arquitectura gótica. Dos horas pasé en esta iglesia recorriéndola toda, á pesar del terrible viento que hacia oscilar y sonar al mismo tiempo distintamente los cimbalillos, viento que me obligaba á tener cogido el sombrero con las dos manos y á admirar lo bueno que encierra á través de remolinos de polvo. De cuando en cuando se desprendía una piedra del chapitel y venía á caer en el cementerio, que estaba á mi lado. Allí habría tenido mil detalles que dibujar. Las gárgolas particularmente son complicadas y curiosas; en general se componen de dos monstruos, que el uno lleva al otro en sus hombros. Las del ábside me parecieron que representaban los Siete Pecados capitales. La Lujuria, incitante aldeana, medio desnuda, ha debido hacer desvariar á los pobres monjes.

En este sitio todo lo más que hay son tres ó cuatro casuchas, lo cual no explicaría cómo existe esa catedral sin ciudad, aldea ó caserío, si no se encontrase en una capilla cerrada con picaporte un pozo muy profundo que se tiene por milagroso, aunque por lo demás no tiene

nada de particular y es enteramente igual á un pozo de cualquier villorrio. Este pozo ha producido esta iglesia, como una cebolla produce un tulipan.

Visto esto, seguí mi camino.

A poco más de una legua atravesamos un pueblo que estaba de fiestas y las celebraba con una música de las más desatempladas. Al salir del pueblo noté en el alto de una colina una miserable casucha blanca, sobre cuyo techo gesticulaba una cosa parecida á un gran insecto negro. Era el telégrafo que departía amigablemente con Nuestra Señora del Espino.

La noche se iba echando encima, el sol declinaba, y el cielo ostentaba magnificencia serena. Las colinas, vistas desde un extremo de la llanura, parecían un inmenso matorral color de violeta, que las cubría hasta la mitad como una muçeta de obispo. De pronto ví á un peon caminero levantar el cañizo que tenía echado en tierra y colocarlo en la disposición necesaria para guarecerse debajo de él. Despues el coche pasó junto á una manada de gansos que graznaban alegremente.

—Vamos á tener agua, dijo el cochero.

Y en efecto, volví la cabeza, y la mitad del cielo que se extendía á nuestras espaldas la llenaba una ancha nube negra; el viento soplabá con violencia, las cicutas en flor se encorvaban hasta besar la tierra, los árboles parecían que se hablaban con terror, y los cardos secos, á impulsos del aire, corrían por la carretera más aprisa que el coche, al mismo tiempo que por encima de nosotros volaban gigantescas nubes.

Al poco rato estalló una de las tormentas más bellas que he visto en mi vida. La lluvia caía á cántaros y, sin embargo, las nubes no cubrían toda la bóveda del cielo. Un inmenso arco de luz quedaba visible al Poniente. Los vapores negros que se desprendían de las nubes se cruzaban con los vapores de oro que se desprendían del sol. No había un solo sér viviente en todo el espacio que abarcaba la vista; ni un hombre en la tierra, ni un pájaro en el cielo. Tronaba horriblemente, y anchos relámpagos se precipitaban á cada instante por los campos. Las hojas de los árboles se torcían de mil maneras.

La tormenta duró un cuarto de hora; despues una ráfaga de viento se llevó la tromba y el nubarrón se deshizo en bruma difusa por las cuestas del Oriente, y el cielo volvió á quedar puro y tranquilo. Durante este intervalo se había abierto

paso el crepúsculo. Hacia el Occidente el sol parecía que se había disuelto en tres ó cuatro grandes barras de hierro rojo, que la noche apagaba lentamente en el horizonte.

Las estrellas brillaban cuando llegué á Sainte-Menehould.

Sainte-Menehould es una ciudad pequeña, bastante pintoresca, esparcida con buen gusto en la falda de una colina muy verde, en la que descuellan grandes árboles. En esta ciudad ví una cosa notable, y es la cocina del *hotel de Metz*.

Aquello es una verdadera cocina. Imagínate una sala inmensa. Una de las paredes está destinada para colocar la loza y la otra para poner el cobre. En el centro, al frente de las ventanas, arde la chimenea, enorme caverna que encierra un fuego espléndido. En el techo cuelgan de una negra red de vigas, perfectamente ahumadas, una porción de cosas como cestos, lámparas y una cubierta de alambre, y de una especie de celosía en forma de claraboya penden largos trapecios de embutido. En la chimenea, además de las manillas para volver el asador, las llaves y una vasija de cobre, relucen y suenan una docena de paletas y tenazas de todas formas y tamaños. El flamante hogar envía rayos á todos los rincones, recorta grandes sombras en el techo, arroja una brillante tinta rosada sobre la porcelana y la loza, y hace resplandecer el fantástico edificio levantado con cacerolas como si fuese un áscua. A ser yo Homero ó Rabelais, diría: "Esa cocina es un mundo, en el que la chimenea es el sol."

Y en efecto, aquello es un mundo; un mundo donde se mueve toda una república de hombres, mujeres y animales. Allí hay mozos, criadas, pinches de cocina, carreteros pegados á las mesas comiendo, cazos colocados encima de estufillas, marmitas que cloquean, sartenes con fritos, pipas, barajas, niños que juegan, gatos, perros y el dueño vigilándolo todo. *Mens agitat molem.*

En un ángulo, un reloj de pared marca y dá gravemente las horas, sirviendo de guía á todas aquellas gentes ocupadas.

Entre las mil cosas que cuelgan del techo, admiré una sobre todas la noche que llegué. Era una jaula que tenía un pájaro dormido. Ese pájaro me pareció el emblema más admirable de la confianza. Aquel antro, aquella fragua de indigestión, aquella cocina pasmosa es día y noche la mansión del ruido, y á pesar de eso, el pájaro duerme. Parece

que alrededor de él se complace todo el mundo en alborotar. Los hombres juran, las mujeres chillan, los niños gritan, los perros ladran, los gatos mayan, el reloj suena, la cuchilla corta, la grasería lloriquea, el asador rechina, la fuente llora, las botellas sollozan, los vidrios se estremecen, las diligencias pasan por debajo la bóveda del patio como un trueno, y, no obstante, ese puñadito de plumas no se mueve. Dios es adorable, pues dá fé á los pajarillos.

Y á propósito, debo manifestar que todos, y yo el primero, hemos hablado muy mal de las posadas, y por cierto con alguna injusticia. Bien mirado, un meson es una cosa excelente, y sobre todo, para el que los encuentra en el camino, no tienen precio. Además, en casi todos ellos hay una mujer admirable: la hostelera. Yo entrego el posadero á las gentes de mal humor, con tal que dejen entenderme con la hostelera.

El posadero es un sér bastante toscó; ella, por el contrario, es amable. ¡Pobre mujer! Aunque sea vieja ó esté enferma ó se halle embarazada, vá y viene, lo prepara todo, lo dirige todo, lo completa todo, espolea á los criados, suena á los niños, espanta á los perros, saluda á los viajeros, estimula al jefe del establecimiento, sonrío á éste, riño á aquél, vigila la hornilla, lleva un saco de noche, recibe con agrado á unos, acompaña al coche á otros y resplandece por doquiera como el alma. En efecto, ella es el alma de ese gran cuerpo que se llama posada. El posadero no sirve más que para beber con los carreteros en un rincón.

El hecho es que, gracias á la hostelera, la hospitalidad de las posadas pierde algo de su fealdad de hospitalidad pagada. La hostelera tiene esas finas atenciones de la mujer, que velan la venalidad de la acogida, que aunque es bastante común, no por eso se agradece menos.

La hostelera de la *Ciudad de Metz* en Sainte-Menehould es una jóven de quince á diez y seis años, que está en todas partes y dirige maravillosamente aquella complicada máquina, dedicando, los ratos que tiene libres, á tocar el piano. El posadero, su padre—es una escepcion?—es un buen hombre. Total, la posada es excelente.

Ayer, como te digo al principio de esta carta, salí de Sainte-Menehould. De Sainte-Menehould á Clermont el camino es delicioso. Un vergel continuado.

A los dos lados de la carretera un caos de árboles frutales, cuyo hermoso verde festeja al sol, esparcen en el camino su sombra recortada en forma de dientes. Los pueblos tienen algo de suizo y de alemán. Sus casas están formadas de piedra blanca y medio revestidas de tablas; tienen grandes techos de teja, que salen fuera de la pared dos ó tres piés: son casi chalets. Se siente la vecindad de las montañas. En efecto, las Ardenas están allí.

Antes de llegar á la populosa villa de Clermont se recorre un valle admirable, donde se encuentran los confines del Marne y del Mosa. La bajada á este valle es mágica. La carretera se hunde entre dos colinas, y de pronto no se vé allá abajo más que un remolino de hojas. Luego el camino tuerce á un lado y aparece el valle por completo.

Un vasto circo de colinas, en medio un pueblecito de gusto casi italiano, tan planos son los techos; á derecha é izquierda otra porción de aldeas situadas encima de cumbres cuajadas de árboles; campanarios que se distinguen á través de la bruma y que revelan la existencia de otros caseríos escondidos entre los pliegues del valle, esos pliegues parecidos á los de un vestido de terciopelo verde; inmensas praderas donde pacen grandes vacadas, y cruzando todo esto un río delicioso que corre alegremente. Una hora gasté en atravesar este valle. Durante este tiempo, un telégrafo, colocado en un extremo del horizonte, hizo estos tres signos:

∩ Z Δ

y á la par que esta máquina trabajaba, los árboles chocaban suavemente sus hojas entre sí al soplo del céfiro, el agua corria, los ganados mugían y balaban, el sol resplandecía en la mitad del cielo y yo comparaba el hombre á Dios.

Clermont es un bonito pueblo que tiene su iglesia á la cabeza y está situado encima de un mar de verdura, como el Trepot encima de un mar de ondas.

Al llegar á Clermont se tuerce á la izquierda, y á través de un delicioso paisaje, compuesto de llanuras, ribazos y aguas corrientes, en dos horas se llega á Varennes. Luis XVI siguió este pintoresco camino.

Amigo mio, releyendo esta carta me apercibo de que he empleado dos ó tres veces la palabra *champañés* tal como se presentaba involuntariamente á mi pen-

samiento y matizada irónicamente por no sé qué acepción proverbial. No te equivoques, sin embargo, al fijar el verdadero sentido en que la uso. El proverbio, más familiar quizá de lo que debiera ser, habla de la Champaña como madame de la Sablière hablaba de La Fontaine, el cual era un hombre de génio bestial, como debía de ser un hombre de génio que es champañés. Esto no impide que La Fontaine sea, entre Molière y Régnier, un admirable poeta, y que la Champaña sea, entre el Rhin y el Sena, un país noble é ilustre: Virgilio podría decir de la Champaña como de Italia:

*Alma parens frugum, alma virum.*

La Champaña ha producido á Amiot, ese buen hombre que imitó el estilo de Plutarco, como La Fontaine imitó el de Esopo; á Tibaldo IV, poeta casi rey, que no hubiese deseado otra cosa que ser el padre de San Luis; á Roberto de Sorbon, que fué el fundador de la Sorbona; á Charlier de Gerson, que fué canciller de la Universidad de París; al comendador de Villegagnon, que faltó poco para que diese Argel á Francia en el siglo diez y seis; á Amadis Jamyn, Colbert, Diderot; dos pintores, Lantara y Valentin; dos escultores, Girardon y Bouchardon; dos historiadores, Flodoard y Mabillon; dos cardenales de verdadero génio, Enrique de Lorena y Pablo de Gondi; dos Papas de acrisolada virtud, Martin IV y Urbano IV, y un rey de imperecedera gloria, Felipe Augusto.

Las gentes que tienen afición á los proverbios y que traducen Sezanne por *sexdecim asini*, como otros, hace treinta años, traducían Fontanes por *facium asinos*; estas gentes aquí se engrién de que la Champaña haya producido á Richeliet, el autor del *Diccionario de las Rimas*, y Poinsinet, el hombre del cual se burlaron más en el siglo en que Voltaire se burló de todo el mundo. Ahora bien; tú, que eres tan aficionado á las armonías, que quieres que el carácter, la obra y el espíritu de un hombre sean como el producto natural de su país, y por lo tanto encuentras admirable que Bonaparte sea corso, Mazzarino italiano y Enrique IV gascon, repara en esto: Mirabeau es casi champañés y Danton lo es enteramente. Saca la consecuencia.

También era casi champañés el gran Fabert, ese mariscal de Francia, hijo de un librero, que no quiso jamás subir demasiado alto ni descender demasiado bajo; carácter grave y puro, que mantuvo

siempre su libertad de acción á pesar de los compromisos que le imponía su fortuna, y que, probado sucesivamente por el destino, primero en su nobleza y después en su modestia, se mostró siempre el mismo ante las bajezas como ante las vanidades que le propusieron, no rechazando las bajezas por orgullo y las vanidades por humildad, sino rechazando las unas y las otras por castidad; de tal modo, que se negó á ser espía de Mazzarino y servidor de Luis XIV.—A Luis XIV le dijo: *Yo soy soldado y no cortesano*; y á Mazzarino le contestó: *Yo soy un brazo y no un ojo*.

La Champaña ha sido una provincia fuerte y poderosa. El conde de Champaña era el señor del vizcondado de Brie, vizcondado que, propiamente hablando, era una pequeña Champaña, como Bélgica es una Francia pequeña. El conde de Champaña era un par de Francia, y cuando consagraban á los reyes llevaba la bandera flordelisada. Sus Estados los administraban régicamente siete condes llamados *pares de Champaña*, y eran los siguientes: los condes de Joigny, Rethel, Braine, Roucy, Brienne, Grand-Pré y Bar-sur-Seine.

No hay ciudad ni pueblo en la Champaña que no tenga su originalidad. Las grandes poblaciones se mezclan por sus hechos con nuestra historia, y las pequeñas todas cuentan alguna aventura digna de ser referida. En Reims, que tiene la catedral de las catedrales, fué bautizado Clodoveo después de la batalla de Tolbiac. Troyes, salvada del azote de Atila por San Lupo, vió en 878 lo que Paris no ha visto hasta 1804, un Papa consagrandó en Francia á un emperador, Juan VIII coronando á Luis el Tartamudo. En Attigny, Pipino, mayordomo mayor de palacio, tenía su corte plena, desde la cual hacia temblar á Gairé, duque de Aquitania. En Andelot tuvo lugar la entrevista de Gontran, rey de Austrasia, en presencia de los leudes. Hincmar se refugió en Epernay, Abelardo en Provins y Eloisa en el Paracletó. En Fismes se celebró un Concilio; Langres vió en tiempo del bajo imperio triunfar á los dos Gordianos, y en la Edad Media presenció la destrucción hecha por sus habitantes de los siete formidables castillos de Changey, Saint-Broing, Neuilly-Coton, Cobons, Bourg, Humes y Pailly. En Joinville dió fin la liga en 1584. Chalons defendió á Enrique IV en 1591. En Saint-Dizier mataron al príncipe de Orange. Doule-